

**COSAS QUE HACEMOS
A OSCURAS**

Jennifer Hillier

Traducción: Carmen Bordeu

MOTUS

PRIMERA PARTE

*Puede matar con una sonrisa,
puede herir con sus ojos.*

BILLY JOEL

CAPÍTULO 1

HAY UN TIEMPO Y UN lugar para tener los pezones erectos, pero está claro que el asiento trasero de un coche de policía de Seattle no lo es.

Paris Peralta no pensó en tomar un suéter antes de que la detuvieran, así que solo lleva puesta una camiseta sin mangas manchada de sangre. Después de todo, estamos en julio. Pero el aire acondicionado está al máximo y Paris tiene frío y se siente expuesta. Con las muñecas esposadas, lo único que puede hacer es entrelazar las manos y levantar los antebrazos para cubrirse los pechos. Parece que está rezando.

No está rezando. Es demasiado tarde para eso.

Le late la cabeza debajo del apósito tipo mariposa que le puso el paramédico antes de subirla al patrullero. Debió de golpearse contra el borde de la tina en algún momento de la noche anterior, aunque no recuerda haberse tropezado o caído. Lo único que recuerda es a su esposo, tendido en la tina llena de sangre, y los gritos que la habían despertado esa mañana.

La detective rubia con coleta sentada al volante le echa otro vistazo por el espejo retrovisor. Desde que Jimmy firmó un contrato de *streaming* con Quan, el nuevo competidor de Netflix, seis meses atrás, la gente la ha estado mirando

mucho. Paris lo detesta. Cuando se casó con Jimmy, actor y comediante retirado, esperaba vivir una vida tranquila. Ese era el trato que habían hecho; ese era el matrimonio al que ella se había comprometido. Pero luego Jimmy cambió de idea y volvió al trabajo y eso había sido casi lo peor que podía haberle hecho.

Y ahora está muerto.

La detective la ha estado vigilando en el asiento trasero todo el tiempo; sus ojos se han desplazado del camino al espejo retrovisor cada escasos minutos. Paris ya se dio cuenta de que la mujer considera que es culpable. De acuerdo, es cierto que la escena no la ayudó demasiado. Había mucha sangre y, cuando la detective llegó al lugar, tres oficiales ya estaban en el dormitorio con las armas apuntando a Paris por el hueco de la puerta del baño. Pronto hubo cuatro pares de ojos que la miraban como si hubiera hecho algo terrible. Nadie parecía parpadear ni respirar, incluida ella.

—Señora Peralta, por favor, baje el arma —había dicho la detective. Su voz era tranquila y directa mientras desenfundaba la pistola—. Y luego salga del baño despacio y con las manos en alto.

“Pero no tengo un arma”, pensó Paris. Era la segunda vez que alguien le pedía que hiciera eso y, al igual que antes, no tenía sentido. “¿Qué arma?”.

Entonces la detective bajó la vista con rapidez. Paris siguió su mirada y se sorprendió al darse cuenta de que aún sostenía la navaja de afeitar de Jimmy. Y no solo la sostenía, sino que la mantenía aferrada en su mano derecha, con los dedos apretados alrededor del mango y los nudillos blancos. La levantó y la contempló con asombro mientras la hacía girar en la mano. A los uniformados no les gustó eso, y la detective repitió su petición en un tono más alto y autoritario.

Todo aquello era muy absurdo. Estaban exagerando. Paris no tenía un arma en la mano. Solo era un utensilio de afeitar,

una de las tantas navajas que tenía Jimmy, porque su esposo era un tipo anticuado a quien le gustaba afeitarse con navaja, los casetes y los teléfonos fijos. Pero ya ni siquiera le permitían seguir usando navajas. Se había vuelto riesgoso desde que el temblor en su mano había empeorado.

Entonces, ¿qué demonios hacía Paris con la navaja de mango de ébano que él había comprado en Alemania hacía décadas todavía en la mano?

Todo sucedió en cámara lenta. Mientras la detective seguía hablando, Paris observó de nuevo la sangre que salpicaba el suelo de mármol blanco: se había vuelto rosada al diluirse con el agua de la tina. Era la sangre de Jimmy, y ella sabía que, si se volteaba, vería a su esposo detrás de ella, sumergido en la tina profunda en la que se había desangrado la noche anterior.

No se volteó. Pero sí alcanzó a ver una imagen fugaz de sí misma en el espejo sobre el lavabo, en el que vio a una mujer que se parecía a ella, con una camiseta sin mangas manchada de sangre. Estaba despeinada, tenía los ojos desorbitados y un lado de la cara cubierto de sangre que se había deslizado de un corte sobre la ceja derecha. En su mano, la vieja navaja de Jimmy parecía un arma.

Un arma asesina.

—Señora Peralta, suelte la navaja —volvió a ordenarle la detective.

Por fin, Paris la dejó caer. La hoja de acero aterrizó en el suelo con un ruido sordo y los agentes uniformados se acercaron a ella en tropel. Uno de ellos le colocó las esposas y la detective le informó sus derechos. Mientras la sacaban del dormitorio y bajaban las escaleras, Paris se preguntó cómo podría explicar esto.

Años atrás, la última vez que algo así había ocurrido, no había tenido que dar ninguna explicación.

—Perdone, ¿le importaría bajar el aire acondicionado? —Los pezones de Paris están presionando con fuerza contra sus

antebrazos como si fueran tornillos. Aunque lleva casi veinte años viviendo en Seattle, la canadiense que hay en ella todavía no pierde la costumbre de disculparse antes de pedir algo—. Lo siento, hace mucho frío aquí atrás.

El agente del asiento del acompañante pulsa un botón en el tablero varias veces hasta que la temperatura del aire aumenta.

—Gracias —agrega ella.

El oficial se da la vuelta.

—¿Podemos hacer algo más por usted? —pregunta el agente—. ¿Quiere un caramelo de menta? ¿O que paremos a tomar un café?

No lo está preguntando en serio, así que ella no responde.

En cierto modo, Paris entiende que se encuentra en un estado de shock y que todavía no ha comprendido el alcance de la situación. Al menos su instinto de supervivencia se ha activado: sabe que ha sido arrestada, sabe que va a ser fichada, y sabe que tiene que mantener la boca cerrada y llamar a un abogado en cuanto pueda. Pero, aun así, tiene la sensación de que está observando todo esto desde *afuera*, como si estuviera en una película en la que alguien que se parece a ella está a punto de ser acusada de asesinato.

Este sentimiento de *disociación*, una palabra que aprendió de niña, es algo que le ocurre siempre que se encuentra en situaciones de estrés extremo. La disociación era la forma en la que su mente la protegía de los traumas que sufría su cuerpo. Y, si bien eso no es lo que está ocurriendo ahora, la sensación de separación entre su cerebro y su cuerpo físico suele ocurrirle siempre que se siente vulnerable e insegura.

En este momento, la vida que conoce, la vida que ha construido, está amenazada.

Sin embargo, Paris no puede dejar que su mente la aleje de allí. Tiene que seguir presente si quiere sobrellevar esto, así que se concentra en la respiración. Como les dice a sus alumnos de yoga, pase lo que pase, siempre se puede volver

la atención a la respiración. Entonces, contrae apenas la garganta, inhala con lentitud y profundamente, mantiene el aire y luego exhala. Emite un ligero siseo, como si intentara empañar la ventanilla del coche, y los ojos de la detective vuelven enseguida al espejo retrovisor.

Después de varias respiraciones oceánicas, respiraciones *ujjayi*, Paris siente la mente más despejada, se siente más aquí, y trata de procesar cómo diablos ha terminado en el asiento trasero de un patrullero, camino a una celda. Ve suficiente televisión para saber que la policía siempre presupone que el cónyuge es el homicida. Por supuesto, no había ayudado ni un poco que Zoe, la asistente de Jimmy, fuera quien la había señalado con el dedo mientras gritaba hasta quedarse ronca. “¡Ella lo mató, ella lo mató! ¡Oh, Dios, es una asesina!”.

Creen que ella mató a Jimmy.

Y ahora el resto del mundo lo creerá también, porque eso es lo que parece cuando te sacan esposada de tu casa con la ropa manchada de sangre mientras la noticia de la muerte de tu marido famoso se extiende entre el grupo de curiosos que toman fotografías y graban videos de tu detención. La ironía es que la multitud ya estaba fuera de su casa mucho antes de que Zoe llamara a la policía. Paris y Jimmy viven en Queen Anne Hill, justo enfrente del parque Kerry, que tiene las mejores vistas de Seattle. Es el típico sitio donde tanto los lugareños como los turistas toman fotos de la ciudad y del monte Rainier, y la multitud de hoy era como cualquier otra, excepto que las cámaras estaban apuntando hacia la casa en vez de hacia el horizonte. Y así como no había habido tiempo para ponerse otra camiseta, tampoco había tenido oportunidad de cambiarse los zapatos. En cuanto puso un pie fuera, Paris oyó gritar a alguien: “¡Lindas pantuflas!”, pero no sonó como un cumplido.

Sus vecinos también se encontraban fuera. Bob y Elaine, de la casa de al lado, estaban de pie al final de su sendero de entrada y la observaban con caras de asombro y espanto.

Como no la llamaron ni ofrecieron ayudarla de ninguna manera, ya se deben de haber enterado de lo que pasó. Deben de pensar que Paris es culpable.

Se supone que son sus amigos.

Paris se imagina los titulares: “JIMMY PERALTA, EL PRÍNCIPE DE POUGHKEEPSIE, FUE HALLADO MUERTO A LOS 68 AÑOS”. Aunque habían pasado más de dos décadas desde que la exitosa *sitcom* de Jimmy había dejado de ser emitida después de diez años consecutivos, siempre se lo conocería por su rol protagónico como el hijo del dueño de una panadería en *El Príncipe de Poughkeepsie*, que había ganado más de una docena de premios Emmy e impulsado a Jimmy al estrellato cinematográfico hasta su retiro siete años atrás. Paris no necesita ser publicista para predecir que la noticia de la muerte de su esposo ocupará más titulares que el contrato multimillonario que Jimmy había firmado con Quan cuando decidió su regreso. Ella misma la consideraría una noticia jugosa si no estuviera involucrada.

Sigue concentrándose en la respiración, pero su mente se niega a tranquilizarse. Nada de esto está bien. Aunque no se había hecho ilusiones de que ella y Jimmy fueran a envejecer juntos, había creído que tendrían más tiempo. En los dos años que llevaban casados, habían creado una rutina sencilla. Paris trabajaba en el centro de yoga seis días a la semana y Jimmy siempre estaba ocupado con algo. El domingo era el día que pasaban juntos. Ahora mismo deberían estar tomando un *brunch* relajado en la cafetería cercana, donde el dueño siempre les reservaba una mesa junto a la ventana. *Hot cakes* y beicon para Jimmy y gofres con fresas para Paris. Después podrían ir al mercado de agricultores de Fremont o a ver antigüedades a Snohomish. Sin embargo, la mayoría de las veces regresaban a casa, donde Jimmy se entretenía en el jardín, podando esto y desbrozando aquello, mientras ella se sentaba junto a la piscina a leer un libro de bolsillo.

Pero este no es un domingo normal. Esto es una puta pesadilla. Paris debería haber sabido que acabaría así, porque no existe eso de “felices para siempre” cuando huyes de una vida para empezar otra nueva.

El karma siempre llega.

Una pluma de sus pantuflas ridículas le hace cosquillas en la parte superior del pie. Cuando se las regalaron para su cumpleaños el mes anterior —no su verdadero cumpleaños, sino el que figura en su documento de identidad—, le habían parecido graciosas y bonitas. Los instructores en el centro de yoga habían juntado dinero para comprarle un par de pantuflas ligeras de diseño italiano y muy caras, hechas con plumas de avestruz rosadas. Se suponía que quedarían en el centro para que tuviera algo que ponerse entre las clases, pero Paris no había podido resistir llevarlas a su casa para mostrárselas a Jimmy. Sabía que él se reiría, y así fue.

Las pantuflas ya no tienen ninguna gracia. Lo único que harán es contribuir a la narrativa que los medios de comunicación siguen tratando de crear: que Paris es una ricachona tonta y engréida. Se las había arreglado para pasar inadvertida durante diecinueve años después de escapar de Toronto, solo para que eso acabara cuando Zoe, la fiel asistente de Jimmy, incluyó la foto de su boda en el comunicado de prensa sobre el contrato de *streaming*. Zoe no había podido entender por qué Paris se había molestado tanto, pero hasta ese día, la mayoría de la gente ni siquiera sabía que Jimmy Peralta se había vuelto a casar. Paris había estado viviendo en un feliz anonimato con su esposo retirado, y luego se había ido todo al diablo.

Como diría Zoe, las cosas no pintan bien. Paris es la quinta esposa de Jimmy y es casi treinta años menor que él. Y aunque la diferencia de edad nunca fue un problema para Jimmy —¿por qué iba a serlo?—, hace que Paris parezca una zorra cazafortunas que solo estaba esperando que su esposo muriera.

Y ahora está muerto.

CAPÍTULO 2

EL OFICIAL EN LA RECEPCIÓN de la cárcel del condado de King le pide el móvil, pero Paris no lo lleva consigo. Por lo que recuerda, sigue en la mesita de noche de su habitación, en la casa que ahora es la escena del crimen.

—Debe depositar todos los objetos personales en la bolsa y ponerla en la bandeja —le indica el hombre. Al igual que la detective que la ha traído aquí, no ha dejado de mirarla desde que llegó—. Eso incluye las joyas.

Lo único que tiene Paris es su alianza. Jimmy le había ofrecido comprarle también un anillo de compromiso, pero ella lo había rechazado, insistiendo en que, de todas maneras, nunca lo usaría mientras estuviera dando clases de yoga. Al final, él la había convencido de que aceptara un cintillo con quince bonitos diamantes ovalados de color rosado. El precio era pasmoso, doscientos cincuenta mil dólares, pero el joyero les había ofrecido una rebaja en caso de que estuvieran dispuestos a dejar fotografiar y publicitar el anillo. Paris se había negado.

—No quiero publicidad —le aseguró a Jimmy—. De verdad que no necesito más que una simple alianza de oro.

—Ni loco. —Jimmy tuvo una breve conversación con el

joyero y sacó su Amex negra. Como era Jimmy Peralta, igual obtuvo el descuento.

—Paris Peralta. —El oficial pronuncia su nombre con una sonrisita de satisfacción mientras escribe en el teclado y estira las sílabas. Paaariiiiss Peraaaaalta—. Mi mujer se va a caer de culo cuando le cuente a quién fiché hoy. Era fanática de *El Príncipe de Poughkeepsie*. A mí nunca me gustó el programa. Jimmy Peralta siempre me pareció un idiota.

—Tenga un poco de respeto, oficial. —La detective está de pie junto a ella, codo a codo, como si pensara que existe la posibilidad de que Paris se escape. Menea la cabeza y la punta de su coleta roza el brazo desnudo de Paris—. El hombre está muerto.

Paris se quita el anillo de boda y lo desliza a través de la ventanilla. A su lado, oye a la detective mascullar en voz baja: “Jesús, es rosa”. El oficial examina el anillo con detenimiento antes de meterlo en una pequeña bolsa de plástico y sellarla. Luego deja caer en la bandeja la bolsa, que aterriza con un golpe sonoro.

Paris se estremece por dentro. “Ese anillo cuesta tal vez el triple de lo que ganaste el año pasado”, piensa. Por fuera, mantiene la compostura. No va a regalarle a nadie una noticia para vender a los tabloides. En cambio, mira con fijeza al hombre a través de la ventanilla de plexiglás manchada. Como supone, el tipo es un cobarde y baja la mirada de nuevo a su computadora.

—Firme esto. —Le pasa la lista del inventario por la ventanilla. Solo contiene un ítem. “Anillo, diamantes, rosado”. Paris garabatea su firma.

Otro agente sale de detrás del escritorio y espera expectante. La detective voltea hacia Paris. Es probable que la mujer se haya presentado en el momento de la detención, pero Paris no recuerda su nombre si es que alguna vez lo oyó.

—Tendrá que quitarse la ropa —le informa—. Las pantuflas también. Le darán algo para que se ponga. Y luego vendré a hablar con usted, ¿de acuerdo?

—Me gustaría llamar a mi abogado —dice Paris.

La detective no se sorprende, aunque parece decepcionada.

—Podrá hacerlo después de que la fichen.

Suena un timbre y Paris es conducida a través de varias puertas hacia una pequeña sala muy iluminada. Le indican que se quite la ropa en un rincón, detrás de una cortina azul. Se desviste con rapidez, se quita todo excepto la ropa interior y se pone la sudadera, los pantalones de deporte, los calcetines y las chanclas de goma que le han entregado. Es un alivio quitarse la ropa manchada de sangre y ponerse un calzado que no parezca un juguete para gatos. Todo tiene estampado las siglas del Departamento Correccional: DC.

Le toman las huellas dactilares y la fotografían. Tiene el pelo enmarañado, pero no cree que pueda pedir prestado un cepillo. Mira directamente a la cámara y levanta la barbilla. Jimmy había dicho una vez que es casi imposible no parecer un criminal en una ficha policial. Y él sabía de lo que hablaba. Había sido arrestado dos veces por conducir bajo los efectos del alcohol y una vez por agresión cuando empujó a un alborotador en Las Vegas después de una función. En las tres fotografías parecía totalmente culpable.

Terminados los trámites, la conducen a un elevador para llevarla al piso de abajo. El joven oficial que la escolta le lanza miradas furtivas ocasionales, pero no dice nada hasta que llegan a la celda. Con voz chirriante (seguida de un rápido carraspeo) le indica que entre. En cuanto ella lo hace, los barrotes se cierran y se bloquean con un fuerte sonido metálico.

Y así, sin más, Paris está en la cárcel.

Es a la vez mejor y peor de lo que siempre imaginó, y lo ha imaginado muchas veces. Es más grande de lo que esperaba y solo hay otra persona allí, una mujer que está desmayada en el lado opuesto de la celda. Una pierna desnuda cuelga del borde del asiento y las plantas de sus pies descalzos están inmundas. Su ajustado vestido amarillo neón está cubierto de

manchas de una sustancia indeterminada, pero al menos no la han obligado a cambiarse de ropa. Sea lo que fuere por lo que está detenida, no es por homicidio.

A pesar de que la celda parece limpia, las penetrantes luces fluorescentes dejan al descubierto manchas de lo que sea que se haya limpiado hace poco. A juzgar por los olores persistentes, tanto orina como vómito. Las paredes se ven pegajosas y están pintadas de un tono sucio, del color del té flojo, y hay una cámara en una esquina del techo.

En el fondo de la celda, junto al teléfono fijado a la pared, hay un cartel plastificado con los números de tres empresas de fianzas diferentes. Con suerte, Paris no las necesitará. Toma el auricular y marca uno de los pocos números de teléfono que ha memorizado. “Contesta, contesta, contesta...”.

Buzón de voz. “Mierda”. Escucha su propia voz que la alienta a dejar un mensaje.

—Henry, soy Paris —susurra—. Te llamo al móvil. Estoy en problemas.

Cuelga, espera el tono de llamada y marca el segundo número que conoce de memoria. Buzón de voz otra vez. A un metro de distancia, su compañera de celda se sienta; el cabello mugriento cae alrededor de su cara grasienta. Mira a Paris con ojos legañosos y manchados de rímel, como los de un mapache.

—Te conozco. —Su voz es pastosa y arrastra las palabras. Incluso a esa distancia, Paris puede olerla, un aroma como de comida podrida en una destilería de whisky—. Te he visto antes. Eres una persona famosa o algo así.

Paris finge no oírla.

—Eres la chica que se casó con el viejo. —La mujer parpadea para tratar de concentrarse. Cuando Paris no responde, agrega—: Ah, perdón, entiendo, eres una puta princesa, demasiado buena para hablar conmigo. Bueno, vete a la mierda, princesa. —Se vuelve a acostar. Diez segundos más tarde, su cara está relajada y tiene la boca abierta.

En la pared fuera de la celda hay un reloj de péndulo, y Paris espera cuatro minutos y medio exactos antes de volver a descolgar el auricular. Esta vez, alguien atiende enseguida.

—Centro de yoga Ocean Breath.

—Henry. —El alivio inunda a Paris al oír la voz de su socio—. Gracias a Dios.

—Mierda, P, ¿estás bien? —La voz de Henry está cargada de preocupación—. Acabo de enterarme de lo de Jimmy. Ay, cariño, lo siento mucho. No puedo creer...

—Henry, me han arrestado. —No puede creer que esté diciendo estas palabras—. Estoy en una celda en la cárcel del condado de King.

—Vi cómo te detenían. Es una locura...

—¿Lo viste? ¿Salió en las noticias?

—¿En las noticias? Cariño, está en TikTok. —Paris oye un ruido de fondo y luego el de una puerta al cerrarse, lo que significa que Henry se ha llevado el teléfono inalámbrico a la oficina—. Uno de los turistas del parque filmó tu arresto y lo subió. Es el video número uno en visitas en este momento.

Por supuesto que esto no es sorprendente, pero escuchar a Henry decirlo lo hace aún más real. Paris se traga el pánico y se recuerda a sí misma que tendrá mucho tiempo para desmoronarse después.

—Escucha, Henry. Necesito que llames a Elsie Dixon de mi parte.

—¿La amiga de Jimmy? ¿La abogada que canta las canciones de musicales en todas tus fiestas?

—Esa misma. No tengo mi móvil, así que no tengo su número.

—Buscaré el número de su bufete en Google.

—No la vas a encontrar, hoy es domingo. Pero puede que en el escritorio haya una tarjeta comercial de ella con el número de su móvil. Dile que venga a la cárcel enseguida, ¿de acuerdo?

—No veo ninguna tarjeta. —Puede oír a Henry rebuscando en los cajones—. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Creí que se dedicaba a litigar, ¿no es así?

—Empezó su carrera como abogada de oficio —explica Paris—, y es la única abogada que conozco.

—Dios santo, P —aventura Henry, conmocionado de verdad—. No puedo creer que estés en la cárcel. ¿Es como en las películas?

Paris mira a su alrededor.

—Más o menos. Pero más sombrío.

—¿Quieres que te lleve algo? ¿Una almohada? ¿Un libro? ¿Un cuchillo?

Intenta hacerla reír, pero lo único que consigue es un bufido.

—Te quiero. Solo encuentra a Elsie, ¿de acuerdo? Y tal vez podrías avisarles a los instructores lo que está pasando.

—P, están diciendo... —Una pausa—. Están diciendo que mataste a Jimmy. Sé que eso no es posible porque yo te conozco. No eres una asesina.

—Te lo agradezco —responde Paris y, tras despedirse, cuelgan. Henry siempre ha sido un amigo solidario y es leal hasta la médula.

Pero no la conoce, en realidad.

Nadie la conoce.